

Marcha a lo desconocido

Abel Haro

A la edad de diez años, mi padre se fue hacia El Norte. Su familia reunió todo lo que les pertenecía para entregárselo a un pariente. La bendición de Dios y el sueño de un mejor futuro era todo lo que les señalaba el camino. Prepararon costales repletos con ropa, guaraches, agua y empanadas de horno recién hechas. Estos eran los alimentos vitales para el viaje. Con dinero en mano y un sueño en mente, mi padre y su familia se cargaron los costales en las espaldas y todos comenzaron su nuevo trayecto.

Mi abuelo conocía a un señor que les serviría de guía para cruzar de México a los Estados Unidos. Rutilio Santillán ya vivía en los Estados Unidos. Con la ayuda asegurada, se finalizaron los planes que mi abuelo paterno tenía para la familia. Ansioso, asustado y nervioso, mi padre se fue a Juárez desde Zacatecas.

A llegar a esa ciudad tan atestada de gente, mi padre y su familia empezaron la ruta para cruzar la frontera a la ciudad de El Paso, Texas. El coyote que los iba a cruzar al mundo nuevo les dijo: "Pónganse listos para cruzar el río". Mi padre, joven y miedoso, se preparó para entrar al agua que era la única barrera entre él y El Paso. Al llegar, vieron que el río estaba seco como la tierra del desierto. Por la gracia de Dios, pasaron todos al otro lado, y mi padre, contento y aliviado, continuó siguiendo al coyote. Como un oasis en el desierto, los estaba esperando un station wagon que pertenecía a un familiar del guía. Acurrucado en la parte trasera del automóvil, mi padre con sus hermanos, hermana y padres se amontonaron, y de nuevo empezaron otro viaje. Tuvieron una estadía corta en un hotel donde el coyote averiguaba si debían quedarse la noche y arriesgar el inevitable retorno a México si los llegaba a reportar la recepcionista, o si debían seguir el camino para ver cuánto más la fortuna les podría ayudar.

Eran ya las once de la noche, y con la mente fija en llegar al destino, mi padre y su familia continuaron. Sin saber qué obstáculos desconocidos y peligrosos podrían poner el alto al viaje, se fueron en el coche que como caballo y tartana los llevó rumbo al oeste. Con la oscuridad de la noche, mi abuela, como niña pequeña con curiosidad, se preguntaba cómo se podía poner tanta luz en el camino, y al fijarse para atrás, veía que no seguían iluminados los focos, se apagaban. En realidad era solamente una ilusión creada por la luz del carro brillando en los reflectores del camino, y por eso dejaban de existir al pasarlos. Les esperaba una última dificultad; no habían terminado todos los obstáculos de la inmigración; tenían que enfrentarse todavía a un control de carretera.

Como huérfanos, abandonados de noche, el coyote los dejó al lado del camino en total oscuridad. Tuvieron que caminar una distancia que les parecía una eternidad. En la cubierta de la noche se dirigieron hacia el control de carretera, pero por un sendero clandestino que estaba al otro lado. Tratando de mirar en la oscuridad, como tecolotes, mi padre y su familia caminaron por el desierto que de día estaba tostado por el sol, y de noche frío como el invierno. Al amanecer con la luz del día, se presentó el mismo automóvil otra vez. Ya habían logrado evadir el peligroso control, y ahora con toda seguridad podían seguir a su destinación. El último estorbo ya no era nada más que una memoria; mi padre y su familia llegaron al estado de Colorado.

Nunca me habían contado lo que había hecho mi padre para llegar a Colorado. Cuando lo escuché, me llené de orgullo de él y su familia. Esa historia me hizo sentir también un orgullo por todo lo que hizo mi padre para mejorar, enriquecer y tener prosperidad en su vida y en la vida de nuestra familia. Todo se debe al gran esfuerzo de su viaje.